Cuentos divertidos

para chicos que se quieren REÍR MUCHO

Mariela Natalia Ortiz



Ilustraciones:
Joaquín Bourdeu Barassi

CUENTOS DIVERTIDOS PARA CHICOS QUE SE QUIEREN REÍR MUCHO

MARIELA NATALIA ORTIZ

Ilustraciones: Joaquín Bourdeu Barassi



Ortiz, Mariela Natalia
Cuentos divertidos : para chicos que se quieren reír mucho / Mariela Natalia Ortiz ; ilustrado por Joaquín Bourdeu Barassi. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Tercero en Discordia, 2021.
Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga
ISBN 978-987-8492-60-5

1. Cuentos. 2. Cuentos Infantiles. 3. Literatura Argentina. I. Bourdeu Barassi, Joaquín, ilus. II. Título.

CDD A863.9282

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.

ISBN 978-987-8492-60-5

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723.
Impreso en Argentina.

CUENTOS DIVERTIDOS PARA CHICOS QUE SE QUIEREN REÍR MUCHO

MARIELA NATALIA ORTIZ

Ilustraciones: Joaquín Bourdeu Barassi



EL DIENTE DE MARTÍN

—¡Mamáááá! ¡¡Se me cayó el diente!! —exclamaba Martín espantado—. ¡Vení, ayudame que no sé cómo rescatarlo!

Martín estaba en el baño, desesperado porque el primer diente de leche que se le había caído (y que había aflojado con tanto cuidado durante días y que se había desprendido sin dolor cuando lo ayudaron con un poquito de algodón) estaba en el fondo del inodoro, listo para desaparecer.

—Martín, te dije que dejaras ese diente tranquilo arriba de la mesa..., pero vos querías llevarlo a todos lados —le reprochaba su mamá.

—Y, bueno, me agarraron las ganas de ir al baño... Y yo lo miraba y lo miraba y, cuando lo moví, se me cayó en el inodoro... ¡¡¡junto con la caca!!!

El diente se veía cada vez menos, había caca, pis y papel. ¿Cómo rescatarlo? Enseguida empezaron a brotar lágrimas de los ojos de Martín.

—Era mi diente..., por eso yo quería llevarlo conmigo siempre.

—Era tu diente, pero en un momento tenía que cambiarse, igual que los otros dientes, que van a ir cayéndose de a poco cuando empiecen a crecer los que te van a acompañar toda la vida...

—¿¿¿Y el ratón Pérez??? ¡No va a venir entonces... porque no tengo el dienteeee! —Otra vez lloró.

—Bueno, Martín —le dijo la mamá—, tranquilo, chiquito, que ya vamos a encontrar una solución... ¿Qué te parece si me ayudás a pensarla? Vas a ver que, a pesar del olor, lo vamos a rescatar.

Y así fue como, secando las lágrimas, Martín imaginó un sistema con cu-



charas para revolver entre la caca y rescatar el preciado diente. La mamá quería ver bien y propuso utilizar una lupa para encontrarlo. No había caso, el agua se hacía cada vez más turbia y la noche empezaba a acercarse.

—¡¡¡Nada de lo que pensamos funciona!!! ¡¡¡Vamos a tener que buscarlo en los caños!!! —decía el pequeño empezando a sollozar otra vez.

Y ahí fue que la mamá se acordó de los guantes que ella usaba para cuidar sus uñas cuando lavaba los platos.

—Ya sé, esperame. —Se colocó los guantes y dijo—: Acá está supermamá al rescate...

Martín la miraba encantado y confiando plenamente en ella.

No fue simple animarse a meter la mano en un inodoro lleno de cacas, papel y pis, con un olor bastante importante. Buscó y buscó; había cosas blanditas, otras cosas muuuy blanditas..., hasta que encontró algo parecido a una piedrita, muy chiquita, bien en el fondo del inodoro.

Y, con una sonrisa grande, supermamá lo rescató. Luego, inmediatamente presionó el botón del agua para que se llevara ese loco caldo escatológico.

—¡Mi diente! —dijo Martín feliz—. Lo conseguiste. —Y, cuando le quiso dar un beso, exclamó—: ¡Uy, qué olor! Habrá que llenarlo de perfume.

Y así fue: lavaron muy bien el diente, Martín se bañó y la mamá tuvo que tirar los guantes.

A la mañana siguiente, el diente de Martín no estaba más debajo de la almohada. En su lugar, había unas moneditas y una cartita que decía así:

Martín, te felicito por tu lindo diente aventurero, que tiene un poco de olorcito a caca feliz.

R. P.



LA BICI

Creo que me la compraron cuando tenía un año más o menos... Azul, inmensa; con rueditas, una carterita chiquita de plástico detrás del asiento y portaequipaje. Me llamaba muchísimo la atención, como a cualquier bebé de esa edad, pero me resultaba imposible usarla.

Pasaron los años y, cuando tuve la altura suficiente, logré empezar a conducirla. Con esas rueditas que me ayudaban a equilibrar el andar, me sentía libre y poderosa. Hasta que mi papá empezó a exigir que se las sacara porque ya era lo suficientemente grande como para animarme a andar con dos ruedas.

Aunque yo no tenía muchas ganas, empezamos a practicar. ¡Probamos de tantas maneras!, abriendo las rueditas, dejando una sola, etc.

Los padres a veces no distinguen claramente entre su propia emoción y la madurez que debe tener el niño para afrontar el desafío de sostenerse en equilibrio sentado en una bici sobre dos ruedas y pedalear en una calle de tierra como las de Villada, un pueblo de la provincia de Santa Fe, que en 1985 aproximadamente tendría mil habitantes.

Las tardecitas de verano fueron testigos de miles de porrazos, risas, llantos, enojos y también de las insistentes carreras que mi papá realizaba a mi lado sosteniéndome para que me sintiera segura.

Hasta que me soltaba sin que me diera cuenta.

Y ahí era yo, solo yo el motor de mi propia bici. Eran mi fuerza de voluntad, mis ganas y mi propio equilibrio, que se ponían de manifiesto...